

EL SACERDOCIO DE CRISTO

Segundo Gutiérrez, Sínodo Evangélico Luterano del Perú

Muy Estimados hermanos en la fe de Cristo Jesús. Por la misericordia de Dios estamos reunidos hoy para compartir los ensayos que se nos han asignado a cada uno de nosotros. Realmente es un honor y privilegio estar con todos ustedes mis hermanos en una conferencia como tal, y participar por primera vez como ponente. Espero que este humilde trabajo fortalezca nuestra fe.

¡Que Dios derrame sus bendiciones en estos días!

OFICIOS DE CRISTO.

Todo lo que Cristo hizo como el Dios-Hombre, en su estado de humillación, y aún lo que hace como tal en su estado de exaltación, pertenece a su oficio divino u obra. Cristo ejecutó perfectamente y aún ejecuta todas las cosas que son necesarias para nuestra salvación. Por tanto, la obra mediadora de Cristo comprende todo lo que él hizo y todo lo que todavía hace para proporcionar la salvación de los hombres.

Cristo nuestro Señor, desde el momento de su encarnación, concepción, nacimiento, circuncisión, obediencia, etc., todos tienden al mismo fin: la salvación del mundo pecador. **“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gal.4:4-5).** Ver I Jn. 3:8. Entonces, Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores (Jn. 3:16; I Tim. 1:15; Jn. 4:9-10).

Y como Salvador del pecador tuvo que llevar a cabo tres obras: Primero, enseñar a los hombres el camino de salvación (Lc.4:18; Jn.1:18; Heb.1:1; Mt.17:5). Segundo, tuvo que reconciliar al mundo con Dios (II Cor.5:18-19; Mt.20:28; Rom.5:1º; I Jn.2:2). Tercero, tuvo que gobernar a su iglesia como cabeza de ella (Lc. 1:33; Ef.1:20-23; Jn.18:33-37). En fin, todas estas cosas que Cristo ejecutó como verdadero Dios-Hombre (Profeta, Sacerdote y Rey), fueron necesarias para nuestra salvación. Aunque Cristo ejecutó sus tres oficios simultánea y conjuntamente, es necesario hablar acerca de cada uno de ellos para tener una mayor claridad.

OFICIO SACERDOTAL

Un sumo sacerdote era un ministro especialmente asignado para el culto y para ejecutar sacrificios y ritos en el nombre de la comunidad. Éste era el más alto dignatario religioso, representante de la nación ante el Señor. Así que, un sumo sacerdote era alguien que representaba a los hombres ante Dios y tenía la tarea de presentar ofrendas y sacrificios por el pecado del pueblo. A fin de cumplir con estos deberes, un sacerdote

necesitaba no sólo prestar atención al cumplimiento preciso de los detalles rituales, sino también tener sentimientos interiores con su trabajo sagrado.

De la misma manera, un sumo sacerdote tenía deberes esenciales: Primero, el servicio del Señor en el santuario. Segundo, la enseñanza de la ley al pueblo. Tercero, consultar a Jehová por el pueblo (Ex.28:30; Esd.2:63; Núm.16:40; 18:5; Jer.18:8; Miq.7:11). También estaban sometidos a ciertas normas; por ejemplo: Tenían prohibido casarse con una mujer deshonrada o repudiada. Tenían que casarse con una israelita que fuera o bien virgen o viuda y cuya genealogía estuviera comprobada. Había leyes que determinaban cuál había de ser la conducta del sumo sacerdote. En el ejercicio de sus funciones los sacerdotes llevaban vestiduras sagradas cuyo uso estaba prohibido fuera del templo.

La función más importante del sumo sacerdote era hacer una vez al año expiación de todos los pecados del pueblo, portando la sangre expiatoria, protegida por la nube de perfume alrededor de él; atravesaba el velo que separaba el lugar Santo del Santísimo y se ponía ante el propiciatorio. Hacía expiación por sí mismo, por su casa y por todo el pueblo (Lev.16:11-19). Después salía y confesaba sobre la cabeza del macho cabrío todas las iniquidades de Israel y el animal era conducido al desierto, llevando los pecados del pueblo, lejos de la presencia de Jehová (Lev. 16:20-22). En todo esto, Aarón actuaba como tipo de Cristo. Así, entonces, los sacerdotes terrenales tenían el privilegio más alto de pasar una vez al año a través del velo interno hasta el lugar Santísimo, en un santuario material y temporario a fin de aparecer por unos pocos minutos delante de Dios a favor de su pueblo.

Las cualidades de un sacerdote era ser capaz de simpatizar con aquellos a quienes representaba y haber sido designado divinamente para esta tarea (haber sido llamado por Dios). Esto quiere decir que ningún hombre puede por su propio acuerdo establecerse como sumo sacerdote, ni puede mantener válidamente este oficio por regalo de alguna autoridad terrenal. Aarón fue designado para el sacerdocio después de la proclamación del pacto en el Sinaí y de la orden de construir el tabernáculo (Ex.27: 21; 28:1s) Al principio Aarón había sido sólo el portavoz, “profeta”, de Moisés (Ex. 4:14-16; 7:1). Moisés en su momento era el único admitido ante la presencia de Dios, bien en el monte o el tabernáculo de testimonio (Ex.19:3,19; 20:21; 24:12-18; 33:7-11; etc.). Pero, una vez que estuvo el tabernáculo levantado y listo para los sacrificios, fue necesario tener un sacerdocio permanente. Entonces fue consagrado Aarón junto con sus hijos, purificado, ungido y revestido de las vestiduras sacerdotales (Lev. 8).

Aarón y sus sucesores, que representaban a la nación de Israel en la presencia de Dios, eran israelitas, conocedores de las condiciones bajo las cuales vivía su pueblo. Se dice que la tarea del sumo sacerdote era la presentación a Dios de ofrendas y sacrificios por el pecado. Éstas se presentaban anualmente en el día de la redención; en esa ocasión el sumo sacerdote debía cumplir las funciones sacrificales. Por tanto, a fin de cumplir dignamente con estos deberes del sacerdocio; un sacerdote no solamente debe prestar atención al cumplimiento preciso de los varios detalles rituales, sino también tener sentimientos internos acordes con su trabajo sagrado. El sumo sacerdote tenía que ser paciente, de buen carácter, que en realidad no sucedía con estos sumos sacerdotes

terrenales. Aunque sus actos hubiesen sido perfectos, sin embargo, el carácter del hombre lo hacía irremediabilmente inadecuado para el sacerdocio. Ningún hombre de Israel estaba menos dispuesto a mostrarse “paciente con los ignorantes y extraviados” (Heb. 5:2).

Por lo tanto, un sumo sacerdote no podía hacer una expiación adecuada por los pecados, cuando éste estaba lleno de sentimientos de indignación en contra de aquellos que eran culpables. Aun el mismo Aarón no estaba en condiciones de interceder sacerdotalmente ante Dios por el pueblo. Entonces, era necesario que el sumo sacerdote tuviera que presentar un sacrificio por el pecado propio y luego por su pueblo. Sólo después de que Aarón hubiese presentado un becerro como ofrenda por el pecado, para expiarse a sí mismo y a su familia, podía proceder con el ritual expiatorio a favor de su pueblo. Así, tanto Aarón como sus sucesores eran hombres pecadores y se veían obligados a hacer primero expiación por sus propios pecados. De la misma manera, solamente podían ofrecer sacrificios de animales, incapaces de borrar los pecados; y eran hombres mortales y su sacerdocio se veía constantemente interrumpido (Heb. 7:23). Pero Cristo nuestro Señor, al ser santo, eterno, inocente, sin mancha, no necesita hacer un sacrificio preliminar por él mismo. Él soportó las debilidades comunes y las tentaciones de los hombres y no cedió ante ellos. Así como necesitaban que los animales fueran físicamente intachables, así también la vida que Cristo presentó a Dios sobre la cruz era una vida libre de contaminación. Como siervo del señor, “nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca” (Isai.53:9). La santidad de nuestro Señor, su obediencia activa a Dios, es esencial para la eficacia de su sacrificio.

CUALIDADES DE CRISTO PARA EL SACERDOCIO.

Las dos mismas cualidades para cualquier sumo sacerdote están presentes en Cristo: Primero, su llamado divino. Segundo, su habilidad de simpatizar con su pueblo. Cristo el Hijo de Dios, no asumió la dignidad del sumo sacerdocio por su propia iniciativa, sino que Dios lo llamó, quien lo aclamó como su Hijo, en el Salmo 2:7. “Mi Hijo eres tú, yo te engendre hoy”. También lo había aclamado como sumo sacerdote permanente (Heb. 7:24). Cristo como sumo sacerdote de su pueblo es fiel y misericordioso, porque fue hecho como sus hermanos en todos los aspectos y estuvo expuesto a todas las pruebas y tentaciones que ellos habían tenido que soportar. Estas tentaciones y pruebas cayeron sobre él. Dice la palabra: “en los días de su carne” (Heb. 5:7). Ésta es una expresión que enfatiza las condiciones de debilidad humana que compartía durante su vida terrenal. Por ejemplo: Marcos nos dice que Jesús comenzó a sentirse muy afligido y angustiado; les dijo tres veces a sus discípulos que lo acompañaban: “siento en mi alma una tristeza de muerte”. Quédense ustedes aquí y permanezcan despiertos. En seguida Jesús fue más adelante, se inclinó y pidió a Dios su Padre que si fuera posible, no llegara este momento de dolor. En su oración decía: “Padre mío, para ti todo es posible, líbrame de este trago amargo, pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres” (Mrc. 14:33-36).

Así, el Sumo Sacerdote (Cristo) fue probado de la misma manera humana, pero no cometió pecado alguno; más bien nos ofreció un solo sacrificio perfecto y eficaz, de manera que su sacerdocio nos es suficiente para salvarnos perfectamente (Heb. 4:14; 5:6; 7:21; 8:6; 9:11-14; 10:11-14). De la misma manera, no buscó un escape de estas

tentaciones y pruebas por medios sobrenaturales. En ningún punto puede sostenerse la objeción de que porque era el Hijo de Dios, su Padre lo ayudaba a soportar estas tentaciones y pruebas o que eran más fáciles para él. Cristo reconoció la voluntad de su Padre y la cumplió a la perfección. Allí radica su obediencia. “A pesar de ser Hijo”, aún así no se le concedió excepción alguna de la ley. Cristo marchó desde el principio en el camino de la obediencia a Dios (Ver Isai.50:5). Por tanto, aún los sufrimientos de Cristo eran el precio necesario de su obediencia y esto lo calificó para ser el Salvador y Sumo Sacerdote de su pueblo. Cristo con su obediencia perfecta ha traído salvación eterna. “Israel será salvo en Jehová con salvación eterna” (Isai. 45:17)

LUGAR SANTO Y SANTÍSIMO.

El Lugar Santo formaba un rectángulo de 20 codos de largo por 10 de ancho y 10 de alto (Ex. 26:16, 18, 22-24). Los sacerdotes entraban en este lugar cada día (Heb. 9:6). El Lugar Santísimo, más allá del velo, tenía forma cúbica, de 10 codos de lado. Sólo entraba allí el sacerdote una vez al año (Heb. 9: 7). Entonces, en los templos el lugar Santo estaba en uso continuo. Cada día, mañana y tarde los sacerdotes designados entraban en él para encender las lámparas (Ex. 27:20....), y al mismo tiempo quemar incienso sobre el altar (Ex. 30:7s.). Nuevamente cada semana los sacerdotes designados entraban al lugar santo para poner panes frescos sobre la mesa de los panes de la propiciación (Lev. 24: 8s.). En fin, éstos eran oficios que se llevaban a cabo en la primera parte del tabernáculo y cualquier miembro del sacerdocio podía ejecutarlos.

En cambio, a nadie, excepto el sumo sacerdote, se le permitía entrar en la “segunda parte” del tabernáculo, el Lugar Santísimo, y aún a él sólo se le permitía una vez por año, en el día de la expiación y las condiciones de su entrada allí estaban estrictamente prescriptas (Ver Lev. 16). Por ejemplo: el sumo sacerdote podía entrar al Lugar Santísimo sólo en el día décimo del mes séptimo (Tisri) en cada año, con vestiduras de lino blanco reservadas para ocasiones sacrificiales especiales; entraba dos veces al Lugar Santísimo. En la primera ocasión llevaba la sangre del becerro que había sido sacrificado como ofrenda por el pecado de él y de su casa. La sangre la rociaba en el frente del propiciatorio y delante del propiciatorio, que estaba todo el tiempo cubierto por la nube del incienso que se quemaba en el altar de oro que se elevaba. Luego, cuando se había degollado un macho cabrío como ofrenda del pecado del pueblo, traía la sangre al Lugar Santísimo y la salpicaba sobre y ante el propiciatorio. Después, habiendo llevado a cabo esta parte del ritual de expiación, salía del santuario y confesaba los pecados “nacionales” sobre la cabeza del segundo macho cabrío designado por suerte; entonces era enviado en lugar de los hombres al desierto.

Mientras que Aarón y sus sucesores entraban en el Lugar Santísimo terrenal en el día de la expiación por virtud de sacrificios de animales (sangre de machos cabríos ...de becerros), Cristo, sin embargo, ha entrado en el santuario celestial por su propia sangre, habiendo obtenido eterna redención (Heb.9:12). Él llevó su propia sangre dentro del santuario celestial. Los sumos sacerdotes aarónicos tenían que presentarse a sí mismos repetidamente delante de Dios, porque la redención que les procuraba su ministerio no era sino una señal y tenía carácter provisional, pero Cristo entró allí una vez para siempre.

Todas estas ofrendas (sangre de animales) que se presentaban en el día de la expiación o en cualquier época poseían una limpieza ceremonial, una eficacia externa; servían para efectuar una purificación externa, pero la sangre de Cristo, su sacrificio, no efectúa una mera limpieza, sino que ante Dios limpia la conciencia.

IMPERFECCIÓN DEL SACERDOCIO ANTIGUO.

Ningún sacerdote de la línea de Aarón podría haber sido descrito como “sacerdote para siempre”, por la simple razón de que cada uno de ellos murió a su debido tiempo. Pero el Sumo Sacerdote de los cristianos es inmortal, habiendo muerto una sola vez por todos y habiéndose levantado de la muerte. La declaración: “Tu eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” anuncia la abrogación de la ley anterior que instituyó el orden aarónico. Era inevitable que la ley anterior fuera abrogada tarde o temprano, porque a pesar de los sacrificios rituales y el ministerio sacerdotal no procuraba ninguna paz real de conciencia, ni acceso inmediato a Dios. La vida perfecta de nuestro Señor Jesucristo hace posible que él cumpla al pie de la letra: “Tú eres sacerdote para siempre”. Por cierto, los sacerdotes aarónicos fueron llamados según el principio hereditario, pero ninguno de ellos pudo disfrutar perpetuamente de la dignidad sacerdotal.

Aarón sirvió a su pueblo en el sumo sacerdocio durante la peregrinación en el desierto; pero llegó el día cuando Moisés llevó a Aarón y a su hijo Eleazar a la cima del monte de Hor. Allí Moisés despojó a Aarón de sus vestiduras y vistió a Eleazar. Aarón murió en la cumbre del monte y descendieron Moisés y Eleazar. Más tarde, después del establecimiento en la tierra de Canaán, Eleazar murió (Juec. 24:33), y fue sucedido por su hijo Finees y así continuó la historia. Generación tras generación, el sacerdote murió y su oficio pasó a otro. Hubo muchos sacerdotes, pero la muerte les impedía seguir viviendo. Pero, Jesús nuestro Señor es eterno y no muere, su oficio sacerdotal no pasa a ningún otro. Él es el único insustituible, perfecto para siempre; el único santo y perfecto. Por tanto, todos los que tienen a Cristo como a su Sumo Sacerdote y mediador ante Dios, tienen en él, un Salvador cuyo poder redentor está disponible perpetuamente para todos. Él vive para siempre, eternamente comprometido a bendecir y proteger a aquellos que se han entregado a él. Entonces, el camino por el cual es posible acercarse a Dios es a través de Cristo, un camino que está siempre abierto, porque en la presencia de Dios, él representa a su pueblo como “Sacerdote para siempre”.

SUPERIORIDAD DEL NUEVO SACERDOTE.

Cualesquiera sean las razones, el nuevo sacerdote es mejor porque el nuevo sacerdote es Cristo. Él soportó tentaciones penosas en la tierra. Aprendió por el sufrimiento qué duro podía ser el camino de la obediencia. Intercedió por sus discípulos para que su fe no fallara cuando venía la hora de la prueba. Ofreció su vida a Dios como una ofrenda por el pecado a favor de su pueblo. Por tanto, Jesús es el Sumo Sacerdote invariable que ayuda a todos los que vienen a Dios a través de El, y precisamente necesitábamos este Sumo Sacerdote: “Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos” (Heb. 7:26)

Jesús tiene la cualidad única de haber experimentado la fuerza completa de la tentación, sin haber sucumbido ni una vez ante ella. Él es santo, libre de toda culpa y contaminación. Aunque vino a la tierra “en semejanza de carne”, vivió entre pecadores, recibió a los pecadores, comió con los pecadores, fue conocido como amigo de los pecadores; sin embargo, estaba apartado de los pecadores y ahora está exaltado por encima de los cielos para compartir el trono de Dios. Un sumo sacerdocio ejercido en cualquier altar terrenal es muy inferior al sumo sacerdote celestial que depende para su ejercicio de un sacrificio perfecto ofrecido una vez para siempre. El santuario terrenal, desde sus comienzos, fue diseñado para ser sólo “figura” y “sombra de la realidad celestial. Por otro lado, el tabernáculo tenía la intención de servir como morada para Dios en medio de su pueblo en la tierra. Los sumos sacerdotes de la línea de Aarón ministraron en el santuario terrenal; pero Jesús ejerce su ministerio sumo sacerdotal en el santuario celestial, del cual el terrenal era solamente una réplica. Por tanto, el ministerio de Jesús es muy superior a cualquier ministro terrenal. Si el pacto antiguo hubiera sido perfecto, no se hubiese necesitado remplazarlo por uno nuevo. Y el nuevo debe ser mejor porque no habría tenido sentido remplazar el pacto antiguo por otro que no fuera mejor. El nuevo pacto implica la abolición del antiguo orden sacrificial debido a un sacrificio perfecto e irrepitable.

UN SACRIFICIO PARA SIEMPRE.

Aarón y sus sucesores, antes de presentar una ofrenda por el pecado a favor de su pueblo, tenían que presentar primero una ofrenda por ellos mismos. Pero Jesucristo no necesita presentar un sacrificio diario, ni siquiera un sacrificio anual, por el pecado de su pueblo. Él presentó un sacrificio permanente y válido a favor de su pueblo cuando ofreció su propia vida; una ofrenda tan perfecta y eficaz que no necesita repetición. Mucho menos tiene que presentar un sacrificio por sí mismo; él es santo, inocente, sin mancha (Heb. 7:26). Él está personalmente libre de toda culpa y tiranía del pecado, y por esa misma razón es el más capaz de ser su efectivo sumo sacerdote. “Él ha efectuado la purificación de nuestros pecados” (Heb. 1:3). Y precisamente fue llamado “para expiar los pecados del pueblo” (Heb. 2:17), ya que es función de todos los sumos sacerdotes presentar “ofrendas y sacrificios por los pecados” (Heb. 5:1). Pero, el sacrificio que ofreció nuestro Señor Jesucristo es que “se ofreció a sí mismo, para dar su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45). Y habló de su pacto de sangre, que era por muchos (Santa Cena) (Mr.14:24). Esto claramente indicaba que nuestro Señor se estaba presentando a Dios como sacrificio por otros. Y cuando llegó la hora y fue puesto en la cruz, en lugar de tener el corazón lleno de amargo resentimiento contra sus ejecutores, ofreció su vida a Dios como un sacrificio por su pueblo. Cuán efectivo y aceptable ante Dios fue este sacrificio. Bajo la ley antigua el sumo sacerdote estaba rodeado de debilidades, y por causa de ellas debería ofrecer sacrificios por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo. Sin embargo, Jesús nuestro Sumo Sacerdote no está sujeto a estas condiciones terrenales. Dios se dirige a él como Hijo, cuyo sumo sacerdocio es absolutamente eficaz y eternamente adecuado para llenar la necesidad de su pueblo. Cristo fue capaz de hacer lo que el hombre no pudo debido a su naturaleza pecaminosa.

Dios envió a su propio Hijo en condición semejante a la del hombre pecador, y como sacrificio por el pecado.

Cristo ha llevado a cabo de una vez para siempre lo que generaciones de sacrificios levíticos nunca habían hecho: “Un solo sacrificio por los pecados” (Heb. 10:12). Probablemente, muchos o la mayoría de los primeros convertidos al cristianismo habían estado acostumbrados a una forma de adoración en la cual los sacrificios de animales desempeñaban una parte. El hecho de que su nueva forma de adoración no tenía lugar para tales sacrificios era de por sí un reconocimiento de que la muerte de Cristo los había declarado obsoletos para siempre. Así, verdaderamente, el sacrificio de Cristo ha purificado a su pueblo de la contaminación moral del pecado, y les ha asegurado la manutención permanente de una relación correcta con Dios. “Porque por medio de una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los que han sido santificados” (Heb. 10:14). El sacrificio de Cristo ha hecho “perfecto” para siempre a su pueblo santo. Por tanto, a este sacrificio de Cristo se le adjudican tres efectos sobresalientes: En primer lugar, por Cristo la conciencia de los suyos ha sido limpiada de culpa; en segundo, por él han sido hechos aptos para acercarse a Dios como adoradores aceptos; y por último, por él han experimentado el cumplimiento de lo que se había prometido en días antiguos, y han sido traídos a la relación perfecta con Dios. También implicaba que sus pecados e iniquidades pasados se borrarían eternamente de los registros de Dios: “Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Heb.10:17). En aquella ley de sacrificios del Antiguo Testamento había una “memoria de los pecados” anual, mientras que el nuevo pacto ya no hay más recuerdo de ellos.

SACRIFICIO PERFECTO.

Cristo, como Sumo Sacerdote de su pueblo, no se ha ido a ningún santuario material, sino a la presencia de Dios en el cielo a presentarse por nosotros ante Dios (Heb. 9:24). Uno que es personalmente santo, inocente y sin mancha (Heb. 7:26), está en su hogar y es aceptable ante la presencia de Dios. Pero ahora aparece en la presencia de Dios, no sólo por él mismo sino a favor de los pecadores. Si queremos presentarnos ante Dios, debemos estar limpios de pecado, porque Dios es santo. Aparecer ante Dios por nosotros mismos es imposible, pues solamente a través de la representación de Cristo nuestro Sumo Sacerdote quedamos limpios y podemos presentarnos ante la presencia de Dios. (Heb. 9:24).

Cuando Cristo entró al santuario celestial, lo hizo una vez para siempre y su entrada a la presencia de Dios a favor de su pueblo fue por virtud de su propia sangre, y esto hace contraste con la entrada del sumo sacerdote de Israel en el lugar santísimo material en el día de la expiación. El sumo sacerdote de Israel, habiendo entrado para presentar la sangre sacrificial (“sangre ajena”), tenía que salir otra vez en forma inmediata, para entrar y repetir la misma ceremonia el año siguiente, y el año después de ése y así indefinidamente. Pero el sacrificio de Cristo, siendo un sacrificio real y no una señal, es efectivo perpetuamente y, por lo tanto, no necesita repetición (Heb. 9:25). Si el sacrificio de Cristo hubiese necesitado repetición, entonces él habría tenido que soportar el

sufrimiento y la muerte ininidad de veces a través de los años de la historia mundial. Dice la palabra: “Y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio... se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (Heb. 9:25-26). Así el propósito de la venida de Cristo fue para hacer sacrificio por nuestros pecados. Leemos en I Jn. 3:5. “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados”. “Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos ...santifican para la purificación de la carne, ¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante su Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios...? Así que por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna” (Heb. 9: 12-15). Cristo murió una vez por designio divino, y su muerte resultaba en salvación para todo su pueblo. Esto es así porque en su muerte él llevó “los pecados de muchos”, ofreciendo su vida a Dios como una expiación por ellos. “Por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos” (Is. 53:12). Así, la presentación de la vida de nuestro Señor a Dios fue un sacrificio tan perfecto que no es posible ni necesaria ninguna repetición: fue ofrecida “una vez para siempre” (Heb. 10:10).

Así mismo, los sacerdotes aarónicos nunca se sentaban en el santuario, permanecían de pie durante todo el desarrollo de sus deberes sagrados y éstos nunca estaban completos, por tanto, sus sacrificios siempre tenían que ser repetidos continuamente cada año. Pero ya sea que la repetición fuera anual o diaria, el punto principal es que la repetición era necesaria: ninguno de esos sacrificios podía remover el pecado o purificar la conciencia con efecto permanente. El completamiento de un sacrificio sólo significaba que debía ofrecerse otro similar a su debido tiempo, y así indefinidamente. En conformidad con esto, los sacerdotes del antiguo orden no se sentaban en la presencia de Dios cuando se había presentado un sacrificio ante él. Pero la perfección del sacrificio que Cristo hizo de sí mismo, fue que cuando lo había presentado a Dios, se sentó. No puede requerirse ningún otro servicio sacrificial del sacerdote que apareció cuando fue el cumplimiento de los tiempos para dejar de lado el pecado y santificar a su pueblo de una vez y para siempre. Un sacerdote sentado es la garantía de una obra terminada y de un sacrificio aceptado. El sumo sacerdote celestial tiene por cierto un ministerio continuo para interceder por su pueblo a la diestra de su Padre.

INTERCESIÓN DE CRISTO.

El sumo sacerdote celestial por cierto tiene un ministerio continuo y permanente para interceder a favor de su pueblo. Y su intercesión recae sobre la base del sacrificio presentado y aceptado de una vez para siempre; no es la ofrenda constante o repetida de su sacrificio. Realmente Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres, porque él posee divinidad y humildad perfectamente en su misma persona. “Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo” (I Tim. 2:5). Así que los

hombres pueden acercarse a Dios con toda seguridad porque tienen a un sacerdote que intercede por ellos. Por tanto, si tenemos a Jesús nuestro Sumo Sacerdote, que ha hecho propiciación por el pecado de su pueblo, que se compadece de sus debilidades, que provee misericordia y gracia para ayudarlos en tiempo de necesidad, y que intercede siempre a favor de su pueblo a la diestra de Dios Padre, entonces: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Si Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Si Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Rom. 8:33 -34).

Es importante hablar acerca de la intercesión de nuestro Señor Jesucristo porque en algunas épocas ha sido grotescamente mal representada en el pensamiento cristiano popular. No debe pensarse que Cristo está intercediendo por nosotros “como un orante, siempre parado delante de su Padre con los brazos extendidos y salpicando con llanto fuerte y lágrimas por nuestra causa”. De ninguna manera. Cristo es nuestro sumo sacerdote quien pide lo que desea a su Padre que siempre oye y concede sus pedidos. Por cierto la vida de nuestro Señor en el cielo es su oración. Su auto sacrificio completado una vez es infinitamente aceptable y eficaz. Su contacto con el Padre es inmediato e ininterrumpido; su ministerio sacerdotal a favor de su pueblo nunca termina, por tanto, la salvación que les asegura es absoluta.

Cristo nuestro Sumo Sacerdote se ha sentado a la diestra del Padre como señal de que su obra sacrificial está terminada; pero más aun, el valor de su sacrificio y la dignidad de su persona son evidentes por el hecho de que se ha sentado no meramente en la presencia de Dios, sino a la diestra de Dios. De la vergüenza de la cruz ha sido exaltado al lugar de gloria celestial. Por lo tanto, su pueblo puede apropiarse de su ayuda sumo sacerdotal, seguros de que en él tienen acceso a la gracia de Dios y a su poder. Dios Padre te dice: “Pecador, tú pensaste que por tus pecados y debilidades yo no puedo salvar tu alma, pero he aquí que mi Hijo está a mi lado y yo lo miro a él y obraré contigo de acuerdo con mi contentamiento con él. Así el Cristo glorificado intercede como el Dios-Hombre a favor de su pueblo y proporciona al creyente la seguridad absoluta de su salvación.

ACCESO A DIOS MEDIANTE EL SACRIFICIO DE CRISTO.

En vista de todo lo que Cristo ha realizado por nosotros, acerquémonos confiadamente a Dios en oración, mantengamos nuestra confesión y esperanza cristiana, ayudémonos unos a otros reuniéndonos regularmente para aliento mutuo, porque el día que aguardamos pronto será manifestado. La “libertad” que los creyentes en Cristo tienen para entrar en el santuario celestial a través de él se contrasta con las restricciones que había en el santuario terrenal. En él no todo el pueblo podía ejercer su privilegio, sino sólo el sumo sacerdote como su representante, y aun él no podía hacerlo cuando lo elegía, sino en tiempos fijos y bajo condiciones fijas. Pero aquellos que han sido purificados, consagrados y hechos perfectos por el sacrificio de Cristo, han recibido un derecho libre de acceso a la presencia santa de Dios. El sacrificio de Cristo nuestro Señor ha restaurado la relación entre Dios y el hombre. Y ahora en él tenemos esa invitación de acercarnos “confiadamente al trono de la gracia”. Así, los creyentes tienen entrada libre al lugar

celestial. Es decir, tenemos derecho de acceso al trono celestial, por medio del sacrificio de Cristo a favor de su pueblo.

Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, quien por su propia sangre entró una vez para siempre en el lugar santísimo (Heb.9:12), ha procurado para su pueblo igual derecho de entrada por medio de aquella misma sangre que él derramó como sacrificio a favor de su pueblo. Ahora el camino por el cual se entra a la presencia de Dios es un camino nuevo, que no existía hasta que él mismo lo abrió y entró allí. Así que, es un camino nuevo y vivo. En efecto, Cristo mismo como sacrificio y sacerdote de su pueblo es el camino hacia Dios. Dice el Señor en Juan14:6. “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” Es un camino que lleva a través del velo, al lugar santísimo. Es por el sacrificio de Cristo que el camino de acceso a Dios ha sido abierto. El velo desde un punto de vista mantenía al hombre apartado de Dios, pero por la muerte de Cristo el velo fue roto y el nuevo camino fue consagrado, a través de Cristo, por el cual el hombre puede acercarse a Dios. Entonces, hermanos, si Cristo nuestro Señor es nuestro Sumo Sacerdote que además intercede por nosotros, entonces tenemos el privilegio de acercarnos a él con toda confianza. Así, aquellos que se atreven a entrar al santuario celestial por la sangre de Jesús son por esa misma sangre purificados y hechos aptos para la presencia divina. De manera que, teniendo un gran sumo sacerdote misericordioso y fiel, acerquémonos con corazón sincero y mantengámonos firmes, reteniendo hasta el fin nuestra confianza de que somos hechos participantes de Cristo y mantengámonos firmes, sin dudar, en la esperanza de la fe que profesamos. Recuerden y no olviden que tenemos un sumo sacerdote misericordioso que intercede por nosotros sus hijos. Solamente a través de él podemos recibir toda fuerza para mantener nuestra confesión y resistir las tentaciones del diablo. Cristo nuestro Salvador, ha sido hecho más sublime que los cielos; por tanto, Cristo es un gran sumo sacerdote que intercede por nosotros.

Espero que este pequeño ensayo haya sido del agrado de todos ustedes y sirva pues en algo para incrementar nuestro conocimiento y fortalecer nuestra fe. Reitero mi agradecimiento a todos ustedes por darme la oportunidad de compartir juntos la Palabra de Dios en estos días. Que Dios les bendiga e ilumine en sus trabajos. Amén.

Segundo Gutiérrez Minchán.

Pastor.

Chimbote – Perú.

2002.